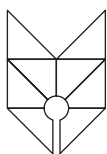


Eduardo Jordá

Doce lunas



FUNDACIÓN

**JOSÉ
MANUEL
LARA**

Vandalia

Vandalia, 113

Director de colección: Jacobo Cortines

Consejo asesor: Ignacio F. Garmendia, Juan Lamillar, Aurora Luque,
Álvaro Salvador y Andrés Trapiello

Primera edición: febrero, 2024

© Eduardo Jordá, 2024

© Fundación José Manuel Lara, 2024

Avda. Reino Unido, 11, 1ª. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia

Diseño: Estudio Manuel Ortiz

Maquetación: Manuel Rosal

Fotografía del autor: Vera Jordá

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Dep. Legal: SE 2235-2023

ISBN: 978-84-19132-33-8

Printed in Spain-Impreso en España

A María José, a Vera, a Miguel



PRÓLOGO

NO SABEMOS POR QUÉ, PERO SUCEDE

Uno nunca sabe por qué escribe un poema. O al menos yo nunca he sabido por qué escribía un poema. Digamos que escribir un relato o una novela implica un proceso de aprendizaje, o quizá, mejor dicho, un lento proceso de aproximación. De repente, uno empieza a oír conversaciones que no sabe de dónde llegan, o percibe una extraña luz en un lugar que no sabría situar en ningún sitio concreto, o recuerda el momento en que su abuelo levantó el bastón, señaló una cerca de piedra y dijo: «Hasta allí llegaron los rojos». Pero un poema no se nos aparece con estos signos premonitorios que anuncian su llegada. Un poema ocurre, de golpe, sin previo aviso. Vemos algo, o sentimos algo –sin que sepamos muy bien qué es–, y de pronto sabemos que ahí hay un poema. «Hay un poema», he escrito. Porque un poema se manifiesta en forma de revelación (y espero no sonar como un embaucador de un programa de ciencias paranormales). Quiero decir que un poema nos llega desde no sabemos dónde y se presenta sin previo aviso. Llega, nos entrega su regalo –el don– y desaparece. Nunca sabemos cuándo va a llegar. Y nunca sabemos si va a regresar. Una vez que el poema se va, jamás podremos estar seguros de

que tenga alguna intención de regresar. A veces, si tenemos suerte, el poema regresa con su correspondiente don. Pero otras veces no regresa por un largo tiempo. O incluso no vuelve a regresar jamás. Y por mucho que lo esperemos, por mucho que intentemos convocar su llegada –llamándolo, reclamándolo, solicitando su auxilio–, el poema se niega a manifestarse. Sabemos que está por ahí, flotando en alguna parte, pero desde luego no está allí donde estamos nosotros.

En este caso podríamos usar el símil del metrónomo. Cuando escribimos poesía –o mejor dicho, cuando la poesía tiene la cortesía de presentarse ante nosotros y entregarnos su don–, hay un metrónomo que no deja de sonar en nuestro interior. Vayamos a donde vayamos, llevamos dentro un metrónomo que va marcando un tempo, un ritmo, una cadencia (da igual cómo lo llamemos). Si vemos algo, si decimos algo, si hacemos algo, aunque no seamos conscientes de ello, el metrónomo sigue marcando su ritmo: imparable, incansable, obsesivo. Y cuando la poesía se manifiesta y nos entrega su don, el metrónomo está ahí (invisible pero bien audible) para convertir esa materia bruta en un poema. Si el metrónomo funciona, la experiencia –cualquier experiencia– podrá convertirse en un poema. Pero si el metrónomo deja de funcionar, nada podrá convertirse en un poema. No habrá latido interno, no habrá palpito. En una palabra, no habrá poesía.

A mí me sucedió. Una vez, hacia el año 2010, el metrónomo dejó de sonar. Después de algo más de una década escribiendo continuamente poesía –desde más o menos 1997 o 1998–, de pronto la poesía desapareció. Al principio uno piensa que la poesía regresará pronto –o que al menos regresará el metrónomo, el pulso interior, el reclamo acústico que la atrae–, pero pasan los días, y los meses, y

los años, y la poesía no vuelve. Y uno espera y espera, pero en vano. Hasta que un buen día no queda más remedio que reconocer que la poesía se ha ido. Y quizá ya no tenga ninguna intención de volver.

Yo empecé a escribir poesía muy joven –como casi todo el mundo, supongo–, más o menos a los 16 o 17 años, hacia 1973. Esos primeros poemas eran poemas malísimos y generalmente estaban escritos en un inglés muy deficiente. ¿Por qué los escribía en inglés? No lo sé. Supongo que escribir en inglés me permitía superar el pudor de escribir un poema, cosa que siempre implica mirarse al espejo en momentos en que uno no se atreve a mirarse al espejo. Quizá fuera por esto, supongo. Y también porque me gustaba imitar las letras del rock. En aquella época yo quería escribir como Paul Simon. Después seguí escribiendo, pero sin publicar nada durante mucho tiempo. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que los poemas no me gustaban. Y pasaron los años, muchos años, hasta que publiqué un libro. Fue a una edad tardía, a los 44 años, cuando otros poetas se retiran porque ya lo han dicho todo. Después seguí escribiendo durante una década, casi sin parar, y los endecasílabos fluían a una velocidad endiablada que a veces incluso resultaba dolorosa (el metrónomo parecía haberse vuelto loco). Pero de repente, ya lo he contado, la poesía dejó de aparecer. Ya no hubo revelaciones, es decir, epifanías. De vez en cuando, de tarde en tarde, me llegaba un poema suelto, uno solo, pero el caudal se había secado. Esperé y esperé, pero la poesía no volvió. Cuando esto ocurre –cuando la poesía no vuelve porque el metrónomo ha dejado de marcar el ritmo– uno lo vive como una injusticia. Pero jamás se nos ocurre que también era una injusticia que la poesía nos hubiera elegido a nosotros para entregarnos su don. Los hechos milagrosos

carecen de explicación. Y la poesía es un milagro. No hay nada que hacer: sucede o no sucede. Por eso mismo titulé «Pero sucede» el mejor poema que he escrito, si es que esa afirmación no resulta demasiado rimbombante. «No sabemos por qué, pero sucede», dice el verso inicial. No se me ocurre una definición mejor de la poesía.

Este libro es una selección personal de los poemas que más me gustan de cuantos escribí en esos años de escritura frenética, con el añadido de otros poemas –pocos– que me han ido llegando en estos últimos años de silencio. El único criterio de selección ha sido una prueba muy sencilla: una vez leídos después de tantos años, estos poemas me seguían gustando. En cambio, muchos de los poemas que he releído me parecen postizos o forzados –el peor defecto de un poema–, así que he tenido que desecharlos. Pero estos 56 poemas han resistido.

No sé si 56 poemas son muchos o pocos, pero son los poemas que todavía me dicen algo cuando los leo. De algún modo, mantienen la vibración inicial que los hizo posibles. De algún modo, conservan el hábito de la poesía que se aparecía un buen día, sin preámbulos, sin hacerse anunciar, sin ningún tipo de cortesías, y me entregó el don de un poema. Por eso están aquí.

Una última aclaración sobre el formato de *Doce lunas*. Estoy convencido de que cada relato que escribimos contiene el relato de cómo se escribió ese relato. Y lo mismo podría decirse de los poemas: cada poema contiene el relato de cómo se escribió ese poema. De ahí que en este libro haya querido añadir al poema un relato que evoca las circunstancias en que ese poema se me reveló, es decir, las circunstancias de cómo llegó a ser escrito. Insisto en que se trata de un relato y no de un comentario. Y de este modo, cada poema va acompañado de ese relato. No es una explicación ni un análisis

ni nada por el estilo. Simplemente se trata de evocar ese instante misterioso en que la poesía decidió hacerse presente sin que nada ni nadie supiera por qué.

He titulado este libro «Doce lunas» porque ese es el título de uno de los poemas que más me gustan de todos cuantos he escrito. Las doce lunas del poema son los doce meses del año, pero también son las fases de la vida, de toda una vida. Cuando lo escribí, hace casi 25 años, mi vida se ajustaba más o menos al mes de septiembre. Ahora he llegado al mes de noviembre, o incluso a diciembre. Y tal como se dice en el poema, en ese mes de diciembre

[...] no hay sino memoria que regresa
con las manos vacías, y una casa
desierta, y la certeza de que nunca
volveremos a ver a quien se ha ido.

No es mal momento para publicar este libro.

Sevilla, 18/10/2023

NOTA: Algunos de los poemas se ofrecen en versiones ligeramente distintas de las aparecidas en otras publicaciones anteriores. Los cambios son mínimos, y los poemas retocados son muy pocos. Hay cinco poemas inéditos y cinco que sólo salieron en revistas. Todos los relatos ven la luz por primera vez en *Doce lunas*.



DOCE LUNAS



PERO SUCEDE

No sabemos por qué, pero sucede.
Una niña perdida vuelve a casa.
Llueve y llueve en mitad de un gran desierto.
El cielo se abre en dos, y nos acoge.
Los muertos nos susurran al oído.
Un testigo prefiere la verdad
al dinero o la calma. Un ambicioso
rechaza la injusticia provechosa.
En una celda inmunda, un pobre diablo
se niega a delatar a un compañero.
Una mujer y un hombre –o bien dos hombres,
o dos mujeres– se aman hasta el fin.
Y una familia entera, en la cámara
de gas, se abraza y da gracias a Dios.



PERO SUCEDE

Era un cálido día de febrero de 1999. Mi hija Vera tenía un año. Yo la llevaba en cochecito por la Puerta de Jerez, en Sevilla. Cuando pasábamos frente al palacio de Yanduri, sentí una fuerza inexplicable que ascendía desde la tierra y que me dictaba estas palabras: «No sabemos por qué, pero sucede». Cuando llegué a casa, nada más bajar a Vera del cochecito, corrí con mi hija en brazos a escribir el poema en el ordenador (siempre que puedo, escribo los poemas en el ordenador). Algunos versos los escribí con una sola mano, mientras sostenía con la otra a mi hija. Y el poema, como aquel que dice, se escribió solo. No sabemos por qué, pero sucede.